

EL PODER DEL DISCURSO DEL PODER Y LA CRISIS DE CIUDADANÍA¹

Teresita Jiménez Flores*

Resumen

El presente trabajo constituye una reflexión sobre la apatía política que caracteriza hoy día a una buena parte de los países del orbe, la cual excede al desinterés por el voto e incluye formas no convencionales de activismo político contrarias a las que el proyecto democrático apunta. A esta extraña capitulación se le conoce como «ciudadanía de baja intensidad» y la misma evidencia el debilitamiento de las relaciones entre los ciudadanos y el Estado. Como consecuencia de ello, la convivencia colectiva resulta deteriorada y se dificulta cualquier forma de acción política. Se relaciona esta crisis con las esferas discursivas educativas y políticas de cara a las nociones de la teoría del discurso, en un esfuerzo por la comprensión plural del fenómeno.

Palabras clave: Democracia, ciudadanía, discurso, poder, ideología.

¹ El proyecto de la EMV es coordinado por el profesor Ronald Inglehart de la Universidad de Michigan y su preocupación estriba en reflejar los valores y la cultura política en más de 65 países del mundo a través de los últimos 20 años.
*Docente e investigadora de la Universidad de Los Andes, Trujillo, Venezuela Carrera de Comunicación Social. Comunicadora social (LUZ) con Maestría en Comunicación y Política, UNAM México 2003. manoa2@cantv.net

Recibido: 06/12/08

Aprobado: 30/09/09

Introducción

El sensible deterioro de las formas tradicionales de participación ciudadana, donde la movilización política a través de las organizaciones civiles pareciera verse amenazada y el desinterés por la vida pública activa aumenta en todo el mundo, ha devenido en una crisis de ciudadanía que preocupa a analistas y estudiosos del hecho político.

Ello ha dejado de ser una referencia anecdótica en discursos y arengas políticas y ha comenzado a consumir tinta en informes y estudios académicos. Los resultados de los últimos ciclos del Estudio Mundial de Valores¹ confirman que la participación electoral así como el activismo ciudadano (a través de las asociaciones civiles como sindicatos, clubes, grupos religiosos etc.) vienen experimentando descensos preocupantes en los 65 países objeto de estudio, mientras que el auge del activismo de protesta ha dejado de ser una forma no convencional de participación política para convertirse en el mecanismo civil más socorrido para llamar la atención sobre problemas de interés ciudadano, incluso en sociedades democráticas desarrolladas con sistema de libertades y garantías. Basta recordar que la saga de protestas antiglobalización surgieron en la moderna y próspera ciudad estadounidense de Seattle, Estados Unidos, en noviembre de 1999, cuando 50 mil profesionales y técnicos desocupados salieron a protestar durante la celebración de un encuentro de la Organización Mundial del Comercio. A ella le siguieron las célebres protestas de Praga, Génova, Cancún; entre otras.

Esta capitulación frente a sus derechos más elementales es lo que hoy día muchos estudiosos denominan ciudadanía de baja intensidad, especie de renuncia tácita al ejercicio de derechos políticos y libertades civiles que otrora constituyeron grandes anhelos de la humanidad. El término guarda estrecha relación con lo que John Stuart Mil había señalado a fines del siglo XIX como la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. La situación ha obligado a más de uno a preguntarse si nos encontramos frente a súbditos o ciudadanos.

Un ciudadano de baja intensidad es expresión de otro problema más serio aún: el del debilitamiento sistemático de las relaciones y los vínculos del ciudadano con el estado, cual fácilmente podría decretarse la muerte de la democracia participativa y representativa. Una ciudadanía

concebida en un marco de apatía e indolencia frente a los asuntos de *la polis*, nos confina a vivir en medio de una serie de desventuras públicas que minan la convivencia colectiva y anulan de antemano toda forma de acción política.

La promoción de valores públicos que propicien la vida en común y combatan la indiferencia y la apatía política, se presenta como un reto tanto para los educadores como para los diferentes actores políticos. ¿Qué relación guarda esta crisis de ciudadanía con el hecho educativo? ¿Es responsabilidad exclusiva de la esfera política? ¿Transita la formación ciudadana entre el discurso educativo y el discurso político? Reflexionar en torno a ello es el propósito de las siguientes líneas, en donde pretendemos abordar el problema es de uno de sus tantos matices: la esfera discursiva.

¿Cuál crisis ciudadana?

Se suele, indebidamente, calificar la intensidad de la ciudadanía según el ejercicio de los derechos electorales, antes que entrar a considerar otras manifestaciones del deterioro de la vida en colectivo. Renunciar a la ciudadanía va más allá de la subestimación de nuestros derechos electorales, implica más bien un marcado y creciente desinterés en el debate y la deliberación de los asuntos y temas de *la polis*. Para los antiguos griegos, «*idiotés*» era una palabra que definía al que renunciaba a la política y prefería estar ajeno al debate y la toma de decisiones en colectivo.

Al respecto, los principales teóricos de la democracia coinciden en señalar que la participación de las masas es esencial para garantizar la vida democrática a largo plazo. Miope resulta entonces pretender medir la salud democrática a partir de los niveles y porcentajes de concurrencia a las urnas, en vez de reflexionar sobre los valores éticos y ciudadanos que determinan a una sociedad. Al hablar de participación ciudadana no debemos confundirnos y conformarnos con la presencia de vastos conglomerados de personas reunidas bajo el influjo de fuerzas de corto plazo, como «el voto de clientela» que señalaba Norberto Bobbio (1986) o la simple asistencia masiva a elecciones convocadas por una sola alternativa o candidato único. La movilización política que fenece y

preocupa es precisamente aquella que transita en el debate plural, el respeto a la disidencia y en la articulación en colectivo de nuestros problemas. Democracia sin partidos es una entelequia impensable. Por ello, más que el ciudadano pasivo y receptor de derechos y protección del Estado, nos proponemos acá reflexionar sobre los vínculos que éste debe tener con la polis para que sea capaz de generar la transformación que es consustancial a la idea de democracia.

Un concepto básico de ciudadanía parte de identificación del ciudadano con una serie de valores, normas y reglas, cuyo status adquirido es expresión –indiscutiblemente- de una hegemonía dada, pero que no obstante a esa condición hegemónica se plantee desafiarla y transformarla. Esa identificación supone la coincidencia de un colectivo en torno a una idea del bien común o como lo denominara Aristóteles «los bienes admitidos de la sociedad». La condición de la democracia moderna exige la reformulación de la noción de ciudadanía, obligándonos a reconocer más de una concepción del bien común, las cuales deben librar una tenaz batalla para poder convivir en respecto de las reglas que prescribe la comunidad política.

Las causas que subyacen en la desmovilización política son complejas y de diversos factores, pero resalta entre ellos uno referido a la crisis que ha generado la concepción ilustrada de un ciudadano único y universal, de una naturaleza humana indiferenciada. La vida democrática exige reconocer la diferencia, el disenso; y el afán de alcanzar un consenso racional universal ha torpedeado la convivencia misma. Hanna Arendt (1993) en su célebre texto *La condición humana* nos dice: «Si los hombres no fueran iguales no podrían entenderse ni planear y prever el futuro. Si los hombres no fueran a su vez distintos, es decir, cada ser humano diferenciado de cualquier otro que exista o haya existido o existirá, no necesitaríamos del discurso para entenderse» (1993:200).

Es entonces la diferencia y no la identidad el rasgo distintivo de lo público y de lo político. Esa noción de pluralidad, es decir, vivir como ser único y distinto entre iguales a la vez, es una de las características más definitorias de la sociedad contemporánea actual; signada por conflictos raciales, religiosos, étnicos, sexuales e ideológicos. En tal sentido, la misma

Arendt concluye que cuantos más puntos de vista haya en un pueblo, desde los cuales se puedan mirar a un mundo que nos alberga a todos por igual, más importante y abierta será la sociedad.

Del discurso educativo al discurso político

De manera provisoria, definiríamos al discurso como el conjunto de estrategias que un orador despliega para dirigirse a un auditorio con miras a modificar el juicio de ese auditorio acerca de una situación o acerca de un objeto. El discurso, entendido como práctica social, implica una relación dialógica: las situaciones, las instituciones y las estructuras sociales dan forma al evento discursivo, pero también el evento discursivo les da forma a ellas. Es espacio de múltiples intersecciones entre el autor y el lector, el enunciador y el receptor en condiciones reglamentadas por instituciones, por formas de comportamiento, procesos económicos y sociales y sistemas tecnológicos que determinan lo que se puede y debe decir en determinado momento histórico de cada sociedad. Tenemos pues, que hablar de prácticas discursivas significa pensar los discursos como acontecimientos que inciden de manera fundamental en la producción y reproducción de la vida social, cultural e histórica, a la vez que éstas inciden en el discurso mismo. Así las cosas, luce lógico preguntarnos: ¿Qué deuda tiene el discurso educativo del discurso político y viceversa? ¿Quién configura a quién? ¿El primero al segundo o el segundo al primero?

Reflexionar en torno a ello supone a su vez una tarea previa: precisar más aún el concepto de discurso político. Gilberto Giménez (1984) recomienda distinguir entre el discurso de lo político y el discurso de la política. El primero es de carácter axiológico susceptible a encontrarse en determinado tipo de texto (religioso, militar, educativo) y remite a un conjunto de valores y de ideas dirigidas hacia un deber ser, a una concepción determinada del mundo. El segundo, por su parte, es el discurso producido en la escena política, es decir, dentro de los aparatos donde se desarrolla explícitamente el juego del poder. Este último comprende el discurso presidencial, el parlamentario, el electoral, el partidista y el de la prensa especializada en temas y asuntos políticos.

El hecho educativo guarda más vinculación con el discurso de los políticos antes que con el discurso de la política, está más en sintonía

con la formulación de un proyecto, de una nación. Pero no por ello escapa de una relación consustancial en la esfera de la política, en la cual reposa la fuente primaria de modelamiento político y representa el canal más directo entre gobernantes y gobernados.

En ese sentido, Eliseo Verón (1987) afirma que toda enunciación política supone tres tipos de destinatarios a los que se dirige simultáneamente: el predestinatario, el contradestinatario y el paradestinatario. El primero de ellos se refiere a un receptor que comulga con las ideas del enunciador, el segundo está representado por su adversario, y el tercero a un receptor cuya posición está por definirse. En tal sentido el discurso de la política es –fundamentalmente- un discurso argumentado que se presenta como un tejido de tesis, argumentos y pruebas destinadas a esquematizar y a teatralizar de un modo determinado el ser y el deber ser político ante un público determinado y en mira de una intervención sobre ese público. Así mismo manifiesta propiedades performativas, no solo se limita a transmitir y comunicar sino que también produce un acto, una acción, expresa públicamente un compromiso y asume una posición.

Toda práctica discursiva, bien sea política o educativa, es reproductiva del orden dominante regido por la lógica del poder y de la ideología, pero a su vez logran producir un contra discurso alternativo. Fairclough y Wodack (1997) sostienen que todo discurso es constitutivo tanto en el sentido que ayuda a mantener y a reproducir el status social y político, como en el sentido que contribuye a transformarlo. Entender el discurso dentro de esta perspectiva, es decir, como un evento producido por un orden dominante pero a la vez como una práctica que subvierte status, revela la impronta del pensamiento de Miche Foucault, cuyos particulares enfoques sobre las relaciones de poder incidieron decisivamente en nuevos derroteros en el estudio del discurso. Foucault (1976) aun cuando no elaboró una propuesta acaba de análisis del discursivo, dejó importantes reflexiones en torno al poder y la hegemonía que reposan detrás de las prácticas discursivas, pues a su juicio, en cada estrategia de poder están inmersas las resistencias de sus dominados, estrategias que se transforman, pierden eficacia y se reinventan dentro de la misma sabia de los sometidos, a quienes jamás debemos considerar como pasivos.

Valorar este enfoque implica entender al discurso y al poder ya no como un bloque hegemónico invariable, compacto, vertical e inalterable; por el contrario, pasa por reconocer que las estrategias discursivas instauradas desde el poder pueden ser revertidas y conformar contradiscursos de resistencia que a su vez obliguen a su reconfiguración e incluso a su extinción. Para Foucault no hay poder sin resistencia y todo acto enunciativo desde el poder es sometido a una tensión constante, a pequeñas tácticas de guerrillas que lo asimilan pero igualmente lo subvierten.

Esta visión crítica del análisis del discurso debe mucho también a nociones lingüísticas como la teoría de la polifonía de la enunciación de Oswald Ducrot (1986), quien expone que la significación de cada enunciado está constituida por una especie de diálogo donde participan diferentes personajes entre sí que atribuyen voces y puntos de vistas. Con ello se pone fin a la unicidad del sujeto enunciativo, extingue el axioma según el cual detrás de cada enunciado habría una sola persona. De acuerdo a Ducrot, en un mismo enunciado están presentes varios sujetos con status lingüísticos diferentes, y de allí la idea de que el sujeto hablante remite a varias funciones muy distintas, como son: sujeto empírico o productor del enunciado, locutor y enunciativo.

Un enfoque del hecho discursivo en marcado dentro de estas premisas necesariamente conlleva a repensar el concepto de ideología, en especial del socorrido concepto de ideología marxista como falsa conciencia, tendencia que privó en una importante generación de estudiosos del discurso, quienes entendieron a la ideología como un instrumento al servicio del poder y viceversa. Teun van Dijk (2000) señala que las ideologías no siempre están asociadas con conflictos y luchas de grupo. Se les puede utilizar para legitimar u oponerse al poder y la dominación, o simbolizan problemas sociales y contradicciones. Para van Dijk el ocultamiento, la legitimación, la manipulación y otras nociones relacionadas que se consideran como las funciones primordiales de las ideologías en la sociedad son, sobre todo, prácticas sociales discursivas (o semióticas en sentido amplio), pero no por ello se puede afirmar que las ideologías se expresan solamente en el discurso, sino que el discurso tiene un papel específico –entre otras prácticas sociales- en la reproducción de las ideologías. «Aunque los discursos no son las únicas

prácticas sociales basadas en la ideología, son efectivamente las fundamentales en su formulación y por tanto en su reproducción social» (p.19).

Van Dijk concluye entonces que las ideologías se pueden definir como la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo. «Entiendo por ideología las estructuras mentales –los lenguajes, los conceptos, las categorías, imágenes del pensamiento y los sistemas de representación- que diferentes clases y grupos sociales despliegan para encontrarle sentido a la forma en la sociedad funciona; explicarla y hacerla inteligible» (p.21).

Así las cosas, la formación ciudadana es expresión de una permanente tensión de distintas materialidades discursivas, y entre ellas la generada por el discurso educativo y el discurso de la política conjuntamente con el de lo político. Esta tensión tiene un doble cariz: constituido y constituyente, «hecho y por hacer» –para decirlo en términos de Castoriadis (1998)- y en ella concurren fuerzas de diversa índole, tales como la familia, los discursos mediáticos, grupos sociales, políticos y religiosos; entre otros tantos.

En consecuencia, la promoción de una cultura cívica es responsabilidad de todo aquel que esté convencido de las ventajas de vida democrática, sea cual sea su rol en la sociedad. Norberto Bobbio (Ob.cit.) reconoce que la democracia representativa es la única forma de democracia existente y practicable para tomar decisiones colectivas y organizar la vida pública. En su opinión «la educación para la democracia se desarrolla en el mismo sentido que la práctica democrática» (p.26). La vida en democracia supone la convivencia en medio de las diferencias y democracia sin diferencias no es democracia.

La promoción de valores y de virtudes públicas que apunten hacia la tolerancia, el respeto, el diálogo y al reconocimiento del disenso es tarea de todos aquellos que están llamados a decidir y a elegir.

Referencias bibliográficas

- Arendt, Hanna (1993). *La condición humana*, Barcelona: Paidós [primera versión en inglés 1958].
- Bobbio, Norberto (1986). *El futuro de la democracia*. México: FCE [primera versión en italiano 1984].
- Castoriadis, Cornelius (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ducrot, Oswald (1986) *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós.
- Fairclough, Norman y Ruth Wodack (1997). *Análisis crítico del discurso*. En: Van Dijk Teun (comp). *El discurso como interacción social. Estudios sobre discurso*, Vol. II. Barcelona, Gedisa
- Foucault, Michel (1976) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Giménez, Gilberto. *Poder, Estado y discurso* (1983). México: UNAM.
- Van Dijk, Teun. *Ideología, un enfoque multidisciplinario* (2000). Barcelona: Gedisa
- Veron, Eliseo. *La palabra adversativa, en el discurso político* (1987). Buenos Aires: Hachete.